

El Parlamento de la zarabanda roja

Quando se habla de cambio del régimen, comentándose el evidente sentimiento antidinástico y hasta antimonárquico que hoy recorre toda España, se oye con frecuencia esta observación: «Bien; ¿pero dónde están los republicanos, los hombres que nos han de gobernar si esto se hunde?» A esto hay quienes replican que ellos surgirán, que en las grandes ocasiones aparecen los hombres nuevos; pero cabe también decir que muchos de esos hombres pueden ser muy de entre los mismos que hoy conocemos y que están al servicio de la Monarquía, porque es lo vigente.

«Es que cambiarían al cambiar el régimen?»—se nos preguntará. Y diremos que sí; que muchos cambiarían volviendo a su verdadero natural; que muchos no harían entonces cosas que ahora hacen ni dejarían de hacer las que ahora dejan. Hay gentes, sin duda, que como están corrompidas del todo, mantienen a los corruptores; pero hay quienes se verían libres de su propia debilidad si se les quitara la fuente de la corrupción. Y el régimen, tal como hoy funciona, es un régimen de corrupción, de clandestinidad, de soborno.

Desde luego, un régimen franco y nolemente republicano podría acabar con los actuales republicanos de real orden, de oposición monárquica, y debería acabar con los negocios y negociillos que a la sombra de esa oposición explotan. Ahora, por ejemplo, parece que se quiere legalizar lo del juego de azar prohibido por la ley; pero si hubiera un régimen republicano desaparecerían los principales motivos que hay para esa legalización. Lo que no quiere decir, claro está, que los más de los explotadores del juego se declaren republicanos. El tahir no tiene opiniones políticas; pero la tahurería es una fuerza de que se valen los políticos.

Aunque según la correcta doctrina constitucional de nuestra Monarquía el Poder real es irresponsable y son responsables los gobernantes que en nombre del rey gobiernan, el hecho es que estos gobernantes se sienten irresponsables por delegación, que para cubrir la irresponsabilidad del monarca dan en no responder. No responden aunque contesten. Y un cambio de régimen traería consigo el de hacer nacer en no pocos el sentimiento de la responsabilidad que hoy le tienen ahogado.

En una República pueden pasar y pasan cosas tan vergonzosas como en una

Monarquía; pero de otro género. Y el remedio es diferente. Pero en una República española, por mala que fuese, no podría pasar nada como la zarabanda roja de Llodio.

¿Qué qué es la zarabanda roja de Llodio? Pues fué aquella tétrica y agorera mascarada cuando al pobre señor don Eduardo Dato—Dios le haya perdonado—, para ingresar en la cofradía jocosa—¡jocosos!—de los cuarenta le hicieron vestir un dominó y capuchón rojos y dar unas piruetas mientras los otros cofrades, huéspedes de Casa de Urquijo, bailaban la zarabanda roja en derredor de él y ante algún público. Y un amigo nuestro que lo presencié, y que hoy ocupa un elevado cargo, nos contaba lo que el pobre presidente del Consejo de la corona de entonces le decía al quitarse el capuchón rojo. ¡Rojo, como la sangre!

¡La zarabanda roja de Llodio! En la pasión del pobre señor Dato aquello fué el «Ecce-Homo». Tuvo que pasar por aquello con honda amargura, porque iba a buscar el decreto de disolución, el que trajo este miserable Parlamento actual, el de la zarabanda roja. ¿Pero iba a buscar ese decreto? No; sino que se lo impusieron. Y la lealtad asiática del pobre señor no supo resistir. ¡Aquel capuchón rojo! ¡Aquel capuchón rojo! Y luego no falta quien haga chistes a cuenta de la carambola de Casanella. ¡Y si supieran ustedes quién!...

Esta situación parlamentaria, la que se quería que sirviese de base al programa del discursito famoso de Córdoba—Cierva como notario—nació en la zarabanda roja de Llodio. Y en la zarabanda roja de Llodio maduró el desastre de Annual. Allí, en el solar de un gran negociante.

¿Que en una República española no habría zarabandas rojas como la de Llodio? Las habría; pero no podrían pasar como aquella pasó, sin protesta, sin escándalo. ¡Menuda gritaría levantarían los anti-republicanos! Y he aquí la ventaja mayor que tendría hoy un régimen republicano en España, que surgiría oposición, verdadera oposición. Los mejores de los monárquicos de hoy harían desde la oposición una obra que hoy desde el Poder no pueden hacer y que no hacen los actuales republicanos. Habría entonces verdadera oposición, y habiéndola no podrían pasar zarabandas rojas como pasó la de Llodio.

